

LA RUTA DE ÍCARO: ASOMÁNDOSE AL INFINITO

Esta mañana blanca y tibia de primavera, me he despertado madrugador y alegre. Y ansioso y vehemente he puesto prisa en echarme a la calle, espoleado por el recuerdo de que la noche anterior he dado al aviador de Figueroa -a este hombre-pájaro que tuvo el atrevido empeño de desafiar la hostilidad traidora de los Andes-, mi palabra de acompañarle en un vuelo.

En esta casa de *La Prensa* debían esperarme a las nueve, unos amigos de periodismo y de bohemia; pero perennes informales no han sabido hacer el milagro de vencer por una vez siquiera su pereza de impertinentes nocherniegos. Y he encontrado sólo a uno, sajón en sus promesas, cronométrico en sus citas. Con él he ido en demanda del tranvía a Bellavista.

Y en el paradero, puesto ya el pie en el estribo, otro amigo me ha interrumpido para oír de mis labios la refrendación de la noticia de que yo iba a volar, que ha llegado a sus oídos. Cuando le he dicho que era cierta, aún ha dudado y me ha dicho luego: “¡Vaya un gusto de matarse!”. Me he despedido. El carro se ha puesto en marcha. Y yo me he escrutado a mí mismo, sereno y tranquilo, para inquirir si tengo miedo, si estoy un poco arrepentido de mi promesa al aviador amigo, si temo el vuelo, si ha hecho en mi espíritu impresión, ligera u honda el augurio que sucedió a la interrogación del amigo que se llevó a mí hace un instante. Pero me he hallado indiferente, quieto, sin más sentimientos que uno muy grande de vehemencia por llegar lo más pronto al aeródromo y mirar el peligro. He ansiado la emoción fervientemente. Mi compañero me ha hablado de cosas distintas y me ha mirado muy hondo. Seguramente piensa lo mismo que yo: que debo sentir miedo. Yo le he contestado sonriente y he visto con placer cómo pasaban raudos los árboles, los postes y las tapias del paisaje pelado y escueto y he pensado que cada instante me acercaba un poco a Bellavista.

Cuando he llegado al aeródromo ya estaba allí Figueroa. Es aún temprano. El aviador debe efectuar la ritual revisión de su monoplano. Entramos al hangar. Hay dentro una penumbra tibia, un acre olor a bencina y a petróleo. Los mecánicos escudriñan en el motor y lo abastecen cuidadosos para el vuelo. Figueroa va y viene de un lado a otro y observa un punto cualquiera de su aparato con su ojeada minuciosa. Luego torna a nosotros y nos habla. Yo veo en sus ojos la sospecha de que estoy inquieto. He pensado que tenía razón y he vuelto a escrutarme a mí mismo. Esta vez me he asombrado mucho de descubrir nuevamente que no tengo miedo. Figueroa ha callado. En el hangar se oye sólo el ruido metálico de herramientas que funcionan en manos presurosas. El ruido se interrumpe y hay un gran silencio. Yo he pensado en estos instantes angustiosos del hangar que deben preceder a las grandes hazañas. He pensado en Chávez, cuando aguardaba el alistamiento de su aeroplano, en el hangar, antes del vuelo trágico. He pensado en Pegoud cuando ante su máquina en revisión, soñaba con una estupenda acrobacia del “looping the loop”.

De pronto, Figueroa ha ordenado que se abriesen las puertas del hangar. Y al interior de la barraca ha entrado de un golpe la luz y yo he imaginado que el monoplano tenía un flanco esperezo de alegría ante la visión de ese retazo del infinito. Luego, los ayudantes del piloto han conducido fuera el monoplano. Figueroa, mi amigo y yo, los hemos seguido, mientras lo llevaban hacia la pista.

Nos hemos parado en seco. Figueroa me ha colocado en la cabeza un gorro de lana que apenas me deja libre los ojos, la nariz y la boca. No he querido aceptarle los anteojos. Y he concentrado todos mis pensamientos y todas mis ansias en pos del solo

objetivo del miedo. He querido sentirlo. He ansiado sentirlo. Pero por una extraña rebeldía de mi naturaleza, el miedo no se ha presentado.

Figueroa ha subido a su asiento en el monoplano. Mi asiento es el siguiente al del piloto. Se me recomienda que en el instante de la partida eche el cuerpo adelante, para facilitar el *decollage*. Y Figueroa me dice: -Si quiere usted hablarme, gríteme al oído. Un ayudante impele con fuerza la hélice y ésta se pone un segundo después en movimiento vertiginoso. El torbellino formidable de viento que forma la hélice me aturde un tanto. El polvo que levanta y la violencia del remolino me ciegan casi. Siento que me azafa los ojos una ráfaga terrible y turbia. Y sufro una sensación de malestar indefinible.

A una voz de Figueroa se suelta el avión. He sentido que corríamos velozmente y que nos despejábamos del suelo, perseguidos aún por la sensación de la ráfaga inexorable. Cuando he abierto los ojos, el monoplano volaba sobre el mar. La impresión del malestar ha desaparecido por completo. La hélice es ya como un gran ventilador. El torbellino de aire pesado y ferroso, fue la última sensación del suelo hostil. Yo lo he mirado con odio y he sentido un bienestar inmenso cuando el aeroplano ascendía sobre el mar con la proa puesta al infinito.

La mañana es clara y tibia. El cielo se diría huafeado por nubes blancas, a través de las cuales se adivina la concavidad azul. Tras de las nubes blancas, que sus fulgores hacen transparentes, pugna por escaparse el Sol. Yo miro hacia abajo. El monoplano describe una ligera curva siguiendo la línea de la orilla. Y veo a un lado el mar. Al otro, el campo verde y cortado geométricamente por las líneas pardas de los tapias y el campo me hace la impresión de un gran plano preciso y luminoso. Viajamos, con rumbo hacia la Magdalena, sobre la escarpa de la orilla. Se empinan las olas como una amenaza y revientan en una alba floración de espuma. Y las rocas y la arena de la orilla son todas ascendentes cuando las olas espiran.

He sentido de pronto que el monoplano se inclinaba de un lado. Un ala se ha erguido mientras la otra ha declinado. Pienso que viramos. Y quiero pensar que es un accidente, que vamos a caer, creo que he atrapado el miedo y que voy a tener el ansiado minuto de angustia. Pero enseguida advierto que viajamos con rumbo al Callao nuevamente. Miro cercana la blanca mancha del Cementerio de Bellavista. Y, entre el marco del panorama verde, la miro poética. Allá en la lejanía, Lima brumosa y gris se recoge medrosa al pie del cerro cuya cima envuelve la niebla como un cendal de tristeza.

He sacado el reloj. Son las once de la mañana. Luego he gritado una frase al oído de Figueroa. Él me ha respondido, pero he advertido que su voz se ahogaba en el mugido formidable del motor y que el torbellino que nos envolvía me sustraía su respuesta. He vuelto a gritar y entonces sí le he oído contestarme. He pensado en la gran angustia de un coloquio de éstos, monosilábico, clamante, entre un piloto y un pasajero perdidos y entre la gran inquietud de una tragedia próxima.

Repentinamente el monoplano asciende y baja luego. La impresión de este descenso rápido es angustiosa y molesta. He sentido una depresión muy grande y el primer malestar del vuelo. Pero, ignorante de que este tumbo inesperado era efecto de una veleidad del viento, he seguido confiado. Y he sentido otro tumbo más recio. Figueroa, imperturbable, movía sus palancas.

El monoplano avanza por encima del Callao. Me asomo hacia abajo y miro la población que es a mis ojos como una de esas ciudades de cartón con que juegan los niños. Irregular, parda, la miro recortada por el mar azul que se pierde en la lejanía brumosa. Y atisbo las calles, donde las gentes diminutas como soldaditos de plomo están puestas a mitad de la calzada. Las adivino sorprendidas por el ruido del motor, con

las caras al cielo y un gran rictus de admiración en los semblantes atónitos. Pienso en que estos hombres-pájaros que así dominan los espacios, deben tener cuando pasan sobre las ciudades un gran gesto de orgulloso desprecio por todos los que no saben levantarse un palmo de la tierra e ignoran la sensación augusta del infinito.

La Punta se alarga como una sombra sobre el mar. Y el mar está poblado de naves y de barcas. El Dársena pizarroso, oscuro, se extiende entre el abigarrado conjunto de las naves tímidamente agrupadas a sus flancos. A mis oídos, no llega un solo rumor de la ciudad. Ansío una voz cualquiera de la ciudad bullente y agitada, deseo un toque lento y armónico de campanario que turbe el monorritmo ronco de la hélice. Pero parece que la ciudad callara, que la ciudad durmiera y que no hubiese más sonido que la sinfonía ululante de los aires.

Hemos virado nuevamente. Volamos otra vez, proa a la Magdalena. A un lado, miro el mar. Al otro, la costa. Repentinamente, las nubes blancas que envuelven el cielo azul y luminoso, han sufrido un desgarró. Un haz de luz solar, rubia y caliente, ha caído sobre la barquilla y la ha hecho luminosa. Yo sueño que el sol ha hecho un gran esfuerzo para rasgar las nubes que lo apresan y para envolvernos en una blanca epifanía de luz, como una salutación. Y he entornado los ojos al sentir que ese rayo me quemaba los párpados, amorosamente.

Hemos dejado atrás, nuevamente, el aeródromo. Avanzamos raudamente hacia la Magdalena. Miro el paisaje de Lima que se tiende a lo lejos. Siento que corremos hacia él. Pronto el aeroplano traza una curva. Volvemos a Bellavista. Rápidamente dejamos atrás La Legua. La blanca casa de campo de una hacienda, simula una paloma yacente en la verdura. Una embestida del viento nos hace subir para descender luego. Yo ya me he habituado casi al vértigo de estas sacudidas.

Inesperadamente, Figueroa hace cesar el motor. El movimiento de la hélice aminora de pronto. Miro hacia abajo. El cementerio de Bellavista, surge otra vez entre el paisaje campesino. El cementerio abajo. La máquina que se detiene y se lanza raudamente hacia el aeródromo. ¿Voy a sentir el minuto de la angustia? ¿Vendrá el miedo? No tengo el tiempo para seguir pensando. Las sensaciones son rápidas, sucesivas, violentas. El monoplano está ya muy cerca de la tierra. Toca el suelo y se eleva luego un trecho como en un arrepentimiento. Se me antoja una golondrina que llega a ras de tierra y torna a remontarse. Vuelve a tocar el suelo y vuelve a elevarse, esta vez más débilmente. Al fin se detiene. Yo he sacado nuevamente mi reloj. Son las once y diez minutos. He estrechado la mano de Figueroa. Una multitud abigarrada y vocinglera, llega hasta nosotros corriendo.

Mi amigo viene a mí el primero inquisidor, curioso. Cambiamos sonrientes una impresión rápida. Me desencasqueto el gorro. Callo. Y pienso que es una gran lástima haber tenido tantas sensaciones raudas y no haber sentido el ansiado minuto de angustia y de miedo. Y me lamento del extraño placer que no he gozado...

En: *Invitación a la vida heroica*